

NOE CASADO

# Porque tú lo vales

PIJAS Y DIVINAS 1



**Noe Casado**

Porque tú lo vales

*Pijas y divinas 1*

Esencia/Planeta



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Noemí Ordóñez Casado, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019, 2022

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición Colección Booket: junio de 2022

Depósito legal: B. 8.492-2022

ISBN: 978-84-08-25878-0

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

## Capítulo 1

Ser una niña rica y mimada no siempre es una ventaja...  
¿Qué opináis?

Todo depende de cómo se mire y hay suficientes ejemplos de personas que han nacido teniéndolo todo y después han acabado mal. Por ese motivo no siempre resulta beneficioso disponer de cuanto se te antoje con tan solo chasquear los dedos. Sin mirar la etiqueta del precio. Así de simple. Hay psicólogos que se forran con gente así y cualquier especialista en conducta recomendaría no dar todos los caprichos a los hijos, porque puede trastornarlos y convertirlos en imbéciles. Eso no es nada recomendable.

Tururú. Claro que lo es. Vaya que sí.

Desde que tengo uso de razón, solo he tenido que sonreír, poner carita de niña buena y mis deseos se hacían realidad. Os pondré un ejemplo. Cuando alguien llega a la mayoría de edad, se le organiza una fiesta, se le regala ese coche viejo del abuelo o se le paga el viaje de fin de estudios. Pues en mi caso no fue así. Mis padres reservaron un complejo de lujo en el Caribe para

toda la familia y algunos amigos. Un *resort* en el que muchos no podríais alojaros ni pidiendo un préstamo al banco. Quince días de ensueño y lujo. Cuando regresé a casa, me encontré un deportivo, pese a que aún no me había sacado el carnet de conducir. Por supuesto, nadie se opuso a que condujera sin carnet. Otro día os contaré cómo fue mi puesta de largo, aunque os adelanto que un famoso diseñador creó el vestido en exclusiva para mí y que por supuesto no regateamos el precio. Sí, aún se hacen esas cosas. Es lo que tiene haber nacido en una familia rica y además con solera.

Os voy a hacer un pequeño resumen:

Mi tatarabuelo no solo era un potentado con una fortuna a buen recaudo y miles de hectáreas, sino un visionario que a finales del *xix*, en vez de vivir de las rentas y comprar un título nobiliario para darse más importancia, decidió invertir parte de sus caudales en abrir una empresa. Muchos lo llamaron loco, otros, traidor, y por supuesto vaticinaron su quiebra. Pues no, gracias a él mi familia vive en la opulencia desde hace generaciones.

La empresa de mi abuelo se llamaba Dulces y Confituras Faustino Peralta e Hijos S. A. ¿A que no parece nada comercial?

En efecto, por eso, hace unos cinco años, mi hermano decidió que debíamos buscar un nombre más moderno, sin embargo, mi padre, actual dueño, lo mandó a paseo, porque: uno, las ventas seguían siendo considerables, y dos, era un sacrilegio eliminar el nombre del fundador.

¿Y yo qué pinto en todo esto? Más bien nada, pues ni me consultan ni me interesa conocer el rumbo de la empresa. Me enteró de algunos detalles cuando se co-

mentan en reuniones familiares. A mí, mientras me llegue puntualmente mi asignación, me da igual lo que hagan con la empresa.

Por cierto, me llamo María Asunción Peralta de la Merced y Luengo Medina.

¿A que es rimbombante y largo?

Como tiene que ser. En los ambientes en los que me nuevo nadie se llama Pepito Pérez y punto. Todos tenemos nombres largos, compuestos, y después los resumimos. En mi caso, cuando cumplí los quince, hice una especie de reunión con mi mejor amiga y, tras una ardua selección, me decidí por Sun. Nadie, a excepción de mis padres cuando quieren hablar en serio conmigo, se atreve a llamarme de otro modo.

Hay quien diría que no tengo oficio ni beneficio. Cierto. Abandoné los estudios en secundaria, porque ¿qué necesidad tenía de hincar los codos cuando disponía de un patrimonio familiar tan abultado?

Cada mes recibo una generosa asignación de la empresa y nunca he de poner un pie en las oficinas y mucho menos en la fábrica. A no ser que se celebre alguna fiesta o presentación importante a la que acudimos todos para dar así imagen de empresa familiar y tradicional. ¿Entendéis por qué no me preocupa lo más mínimo si le cambian el nombre o no?

Muchos pensaréis que me paso el día mano sobre mano. Pues no, os equivocáis. Cada jornada tengo una ocupación, que procuro cumplir a rajatabla. La vida de niña rica no es tan sencilla como algunos piensan. Nada mejor que poner un ejemplo para que lo entendáis. Cada temporada he de estar al tanto de las tendencias. Eso me roba mucho tiempo, primero viajando para ver *in situ* los desfiles de los principales diseñadores, nacionales y ex-

tranjeros, y después seleccionando prendas que se adecúen a mi estilo. No todo vale y siempre hay que lograr un equilibrio. Conjuguar moda y originalidad no es fácil, pero con esfuerzo yo lo consigo cada año. El *dress code* para cada ocasión hay que respetarlo a rajatabla. Y soy igual de exigente con cualquier detalle de mi persona. Voy cada semana a la peluquería; jamás dejo que asomen las raíces. No hay nada más desagradable que un pelo mal teñido o mal hidratado, con las puntas abiertas, o un peinado desfasado.

También visito con regularidad centros de belleza, donde me someto a las técnicas más innovadoras para cuidar mi piel, no solo la parte que se ve, sino cada centímetro de mi cuerpo. No me importa probar cada nuevo tratamiento que me proponen. Y, que conste, he visitado los mejores centros del mundo. Sé de lo que hablo. Ni que decir tiene que vigilo cada alimento que ingiero. Jamás me salto la estricta dieta que me prepara mi nutricionista.

Vivo en una urbanización exclusiva, donde nadie dice lo que cuesta el metro cuadrado, por educación y porque muy pocas personas pueden pagarlo. Una de ellas es la familia de mi amiga María del Pilar, nadie la llama así, claro, como todas nosotras tiene su nombre glamuroso, que en su caso es Mapi. Ahora están pasando por un mal momento económico, porque su padre está en la cárcel por malversación, pues desvió fondos de una ONG para gastos poco justificables. Aun así, mantienen el tipo y, si bien se cotillea sobre ellos en privado, en público se los sigue recibiendo y sonriendo. De no ser así, a la madre de Mapi le daría un soponcio.

Y hace unos diez años se mudó a esta urbanización mi otra amiga: Gema Hernández. Su caso es bien dis-

tinto. Pertenece a una familia de nuevos ricos y, por mucho que se esfuercen y paguen las cuotas de mantenimiento puntualmente, todos los siguen mirando por encima del hombro. En los noventa, el padre de Gema pegó un pelotazo urbanístico en la Costa del Sol y pasó de ser un albañil simplón a un constructor multimillonario. Se rumorea que, cuando se construyó la urbanización en la que vivimos, trabajó en ella como peón, de ahí que luego comprara una parcela de las más grandes. Sin embargo, nadie ha podido probar esa historia.

Gema se unió a Mapi y a mí hace ya diez años. Al principio le hicimos el vacío, pues la niña pretendía jugar con nosotras sin tener pedigrí. Admito que fuimos crueles. Quedábamos con ella y no aparecíamos. Si se celebraba alguna fiesta de cumpleaños le decíamos mal el día y la hora para que hiciera el ridículo. Uff, fuimos unas perras. Pero un día, a pesar de todas las putadas, nos salvó el culo. Mapi y yo llegábamos tarde a casa, con un pedo del quince y oliendo a maría. Las chicas de buena familia no fuman porros ni beben más de la cuenta.

Nos iba a caer una buena bronca, amén del escándalo, si se enteraban en la urbanización de nuestro deslíz. Gema nos dejó ir a su casa y llamó a nuestros padres diciéndoles que íbamos a organizar una fiesta de pijamas. De esa forma, Mapi y yo pudimos dormir la mona sin que nos pillaran.

Y sin más aceptamos a Gema en nuestro grupo. Ella no tiene nombre abreviado ni nada, aunque Mapi y yo hemos insistido en que se busque uno, pero se niega en redondo. Dice que no quiere ser tan pija como nosotras.

Lo curioso no es solo que acabáramos haciéndonos amigas, sino que tanto la madre de Mapi como la mía

nos regañaron por juntarnos con «esa gente». Nuevos ricos, dijo mi madre de manera despectiva, pero, pese a todo, al final aceptaron a regañadientes a la familia de Gema.

Y es que mi madre es una señora muy particular. Veréis, doña Mercedes Luengo Medina se crio y educó para ser la esposa perfecta de un hombre de negocios. Oír, ver y callar en lo que a las decisiones de su esposo se refería, ahora bien, disfrutaba de un pequeño virreinato y ese era el ámbito doméstico. En casa solo ella toma decisiones. Desde las más simples, como elegir los menús, a las más delicadas, como seleccionar personal. Nunca he visto a mi padre implicarse en asuntos de puertas para dentro. Como mi madre dice en más de una ocasión, ella es la anfitriona perfecta, siempre sabe cómo llevar la casa y cómo organizar reuniones, cenas y otros eventos para aumentar el prestigio de la familia. Una simbiosis casi perfecta. Él gana dinero (mucho) y ella lo gasta adecuadamente.

Algo que yo debo ir aprendiendo para ocupar un puesto similar cuando me case. ¿A que suena arcaico? Y lo es; sin embargo, estoy preparada para ello. Si bien es cierto que a mis progenitores no les gustó que dejara los estudios, están convencidos de que me casaré con un hombre acorde con mi apellido. Y sí, hay algún que otro candidato que agradaría a mis padres. Ya sabéis, eso de unir apellidos y fortunas siempre resulta atractivo, aunque jamás aceptaré a ninguno de los propuestos, pues desde que cumplí los dieciocho mi corazón pertenece a otro.

¿Demasiado cursi?

Probablemente, pero es la verdad.

En algún momento os hablaré del hombre de mi vida, el futuro padre de mis hijos, el amante (eso espe-

ro) ideal. El compañero al que cuidar y dar lustre. Pero ahora toca presentar a mi pretendiente oficial: Enrique Doncel de la Gándara. Hijo de unos amigos de mis padres desde hace años. Su familia tiene varias refinerías repartidas por el país; traducido, son incluso más ricos que los Peralta de la Merced, que ya es decir. Nos hemos criado juntos, casi como hermanos hasta que cumplimos los dieciséis y nuestra relación cambió un poco.

Quique era un chaval tirando a feúcho y con poco éxito entre las chicas. Y todas sabemos el drama que eso puede suponer en la adolescencia. No era mi caso, pues yo sí tenía chicos detrás, pero ninguno me gustaba lo suficiente como para decidirme y eso que Mapi ya me había hablado de las bondades del sexo, así que mi amigo y yo acordamos perder la virginidad juntos.

Puede parecer una estupidez, una decisión típica de críos, pero no, fue todo un acierto y me ahorré el mal trago. Fue divertido a la par que decepcionante. Sin embargo, ambos nos esforzamos por mejorar y vaya si lo hicimos. De hecho, de vez en cuando seguimos acostándonos. Un acuerdo que nos beneficia mutuamente. Si me encuentro depre, lo llamo y Quique me alegra la noche. Y viceversa. Existe tal confianza entre nosotros que a veces hasta hemos pensado hacer pública nuestra relación. Noticia que gustaría mucho a nuestras familias, pero que dudo que llegue a producirse, ya que nos tenemos cariño, cierto, aunque no le quiero. Ese lugar lo ocupa otro hombre.

Para hablaros de mi amor, de ese maravilloso hombre al que idolatro, antes debo hacerlo de mi hermano, Juan José Peralta de la Merced y Luengo Medina. Juanjo para todos. Él sí estudió, es licenciado en Empresariales y en teoría iba a ocuparse de suceder a mi padre

cuando llegara el momento. En cambio, estaba en desacuerdo con las directrices marcadas, empezando por el nombre de la empresa, por lo que decidió montar la suya propia junto con un compañero de universidad.

Hace ya cuatro años que fundaron *mimaskotadeluxe.com*, una web especializada en productos de lujo para animales. ¿Os sorprende? A mí no. Conozco a gente que se gasta un dineral cada mes en ropa para su perrito. O que pide un peluquero a domicilio para su mascota. Alimentación *gourmet*, por supuesto. También ofrecen psicólogos, adiestradores y cualquier otro servicio para que la gente rica gaste su dinero (mucho) en productos que sus animales no necesitan. Y no podían faltar las vacaciones para las mascotas, complejos hoteleros exclusivos, donde sí permiten alojar animales.

Mi padre montó en cólera, como no podía ser de otro modo, y se armó una buena, pues en teoría nadie puede osar romper la tradición familiar. También le suspendió la asignación. En aquel momento yo vi peligrar la mía o, peor aún, que en vista de la decisión de Juanjo me tocara a mí asumir su puesto. De eso me libré, pues mi madre logró que las aguas volvieran a su cauce. Convenció a mi padre para que dejara a Juanjo seguir con su negocio siempre y cuando no descuidara sus obligaciones en Dulces y Confituras Faustino Peralta e Hijos S. A.

Mi hermano, cinco años mayor que yo, trajo un día a casa al que es su socio. Voy a decir su nombre, no os echéis a reír: Gaudioso Fernández. Sí, os estáis riendo. Lo sé, a mí me pasó lo mismo cuando me lo presentaron. Sin embargo, cuando aquella jovencita que acababa de llegar a la mayoría de edad consiguió dejar de reírse y lo saludó con dos besos, supo que se había enamorado.

Y pensaréis que son cosas de la edad, que con el tiempo le olvidaría, que encontraría a otro. Pues no, al revés, a medida que han ido pasando estos años me he ido convenciendo de que es el hombre perfecto. Solo tenía un defecto y se lo corregí en el acto. Ahora es Gaudi, hasta él me agradeció con una sonrisa la idea. Ya nadie lo llama por su nombre completo.

Ahora os estaréis preguntando cómo me va con él, pues con todo el dolor de mi corazón os seré sincera: fatal.

Al principio mi timidez e inexperiencia hicieron que apenas le hablara. Yo seguía acostándome con Quique y adquiriendo experiencia, porque al ser Gaudi cinco años mayor que yo, me llevaba ventaja y no quería decepcionarlo en la cama, pues los espiaba a él y a mi hermano y sí, hablaban de chicas.

De acuerdo, conocer la vida sexual de Juanjo era desagradable, digamos que las palabras *follar* y *hermano* en la misma frase me daban ganas de vomitar. Ya sé que como hombre tiene sus necesidades, pero yo prefiero ignorarlas. Sin embargo, hacía de tripas corazón con tal de obtener información sobre Gaudi.

Sé qué tipo de mujeres le gustan y me esforcé por ser una de ellas. Dejé de usar tanto maquillaje. Sí, lo sé, renunciar de repente a la base correctora supuso un gran trauma, pero cualquier sacrificio era pequeño con tal de conquistarlo. También dejé de teñirme el pelo y empecé a usar ropa más barata.

Veréis, Gaudi creció en una familia humilde. Su madre se quedó viuda muy joven con tres hijos a su cargo y una pensión de viudedad ridícula, porque su padre, camionero de profesión, trabajaba sin contrato. Por lo que Gaudi procura llevar, pese a ganar dinero con la

empresa *online*, una vida modesta. Los trajes que lleva, por ejemplo, están bien, pero no son de diseñador, se los compra en unos grandes almacenes muy conocidos. Es algo que cambiaré cuando por fin nos casemos. Lo tengo todo pensado. Tras la boda nos trasladaremos al ático que me regalarán mis padres, situado en una urbanización exclusiva. Gaudi seguirá ganando dinero con la web, mientras yo consigo que, además de guapo, tenga estilo.

El primer paso será su vestuario, nada de confección masiva. Después su coche. Es incomprensible que siga conduciendo un vehículo que tiene más de diez años. Y no solo eso, la marca, por ejemplo. ¿Quién va a respetarte si vas por el mundo con un Dacia Sandero?

Yo, por mi parte, me comportaré como la esposa que se dedica en exclusiva a la promoción de su esposo, tal como he visto hacer a mi madre.

Como veis, tengo un plan estupendo. Llevo años dándole vueltas, puliendo detalles. Y aprendiendo de los errores. Tengo una agenda con todo anotado, paso a paso. Podría considerarse un plan de negocios y sí, lo es, porque el matrimonio es algo muy serio y no se pueden dejar cabos sueltos.

Abandoné la etapa de ser la mujer que él supuestamente buscaba, ya que así no iba a ningún lado y pasé a ser más agresiva. Volví a mis orígenes, convencida de que ser yo misma jugaría a mi favor.

Cada vez que Gaudi se acercaba a casa, yo me paseaba delante de él con, digamos, el modelito más sexy de que disponía. En verano, por supuesto, era el bikini más minúsculo o la túnica más transparente.

Tampoco funcionó, pues me seguía viendo como la hermana de su mejor amigo.

Consulté con Mapi y Gema a ver si entre las tres encontrábamos la solución y surgieron ideas, unas más estrafalarias que otras, para que por fin Gaudi se diera cuenta de que yo era la mujer de su vida y me declarase su amor, porque, por supuesto, él tendría que dar el paso, una vez que viera la luz.

Y en esto he ocupado principalmente los últimos once años de mi vida, pues faltan apenas tres meses para mi cumpleaños. Treinta. Y me he puesto esa fecha como tope. Por eso he de esforzarme al máximo y en menos de treinta días tendré la oportunidad perfecta para llevar a cabo el plan definitivo.

Mi hermano se casa, sí, va a dar el gran paso. Con una mujer tan insulta y pavisosa como adecuada. Eleonora (qué nombre tan antiguo), que, como todos en nuestro círculo, tiene otro más corto. Nora es hija de un coronel retirado, es decir, de buena familia. A mí me trae sin cuidado quién va a ser mi cuñada, aunque mi madre está entusiasmada, pues Nora es la típica chica con estudios, licenciada en Farmacia, que va a dejar su trabajo al casarse.

¿Entendéis por qué no trabajo? ¿Qué sentido tiene dejarse la piel sacando una carrera para abandonarla después?

Bien, a mí lo que me interesa es estar al tanto de los preparativos de la boda. No es solidaridad fraternal, me importa un pimiento, es por la oportunidad sin igual que supone tener acceso a todos los detalles. Mi madre, ni que decir tiene, se mostró encantada de tenerme como aliada en la organización, y Nora, con tal de llevarse bien con su futura familia y al no tener madre, no puso objeción.

Vamos a lo que importa.

La gente como nosotros no se casa en una iglesia cualquiera ni celebra el convite en un salón simplón. Eso sería una catástrofe sin precedentes. Para la boda de Juanjo y Nora disponemos de carta blanca, así que mi madre ha elegido un complejo de lujo en la sierra, en el que nos alojaremos solo los invitados. Un gasto más que justificado que para las finanzas de mi familia tampoco supondrá una gran merma.

Y os preguntaréis: ¿cómo voy a aprovechar yo esto en favor de mi causa?

Muy fácil.

Seguid leyendo.